

CALABAZAS

en el trastero



Futbol



Presenta

CALABAZAS



en el trastero

CALABAZAS



en el trastero



Fútbol

Créditos:

Primera edición digital: abril 2016
Código: COD 9785400038635050076

Ilustración de portada: Pablo Uria (pablouria.com/)
Maquetación y diseño: Miguel Puente y Kachi Edroso
Corrección de estilo: Juan Ángel Laguna Edroso
Prólogo (cortesía de Nocte): Roberto J. Rodríguez
Editor: Juan Ángel Laguna Edroso

Autores: Santiago Eximeno, Daniel Garrido Castro,
Héctor Gómez Herrero, Raúl Gómez Lozano,
Juanfran Jiménez, Fernando Lafuente,
Miguel Martín Cruz, Ángeles Mora,
Óscar Muñoz Caneiro, Óscar Pérez Varela,
Gema del Prado Marugán,
Santiago Sánchez Pérez -Korvec-, Aitor Solar
y Alejandro Valiente Lourtau

Edición: Saco de huesos
Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A, 50006 Zaragoza
Más información: www.sacodehuesos.com

**Un proyecto de la asociación cultural La Biblioteca
Fosca**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos (ww.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Prólogo

La euforia y el pánico son dos caras de una misma moneda, la cual oscila entre lo cotidiano y lo extraordinario de forma aparentemente aleatoria mientras amenaza con desequilibrarse y darle a una de estas dos emociones una mayor predominancia; acrecentada, claro está, por el inesperado y brutal cambio que se produce en nosotros cuando estalla una situación caótica.

¿Ejemplos de dicha aseveración? Miles. Basta ver cómo la euforia de una fiesta —ya sea esta en un crucero, una plaza de toros, un hotel, una casa, un polideportivo, una piscina, un estadio o cualquier otro lugar susceptible de albergar tal evento— puede transformarse en puro pánico en cuestión de décimas de segundo cuando una serie de casualidades o causalidades desatan el infierno. Si los afectados no están eufóricos, el impacto resulta menos devastador, porque estos se encuentran más preparados para responder a la amenaza invisible que se cierne sobre ellos. Pero es la incapacidad de asimilar lo que está pasando a nuestro alrededor y la

sensación de vulnerabilidad lo que desata el horror atávico en el subconsciente colectivo.

Los accidentes, poco importa la naturaleza de los mismos, suelen representar con extrema fidelidad la alegoría de la moneda en curso que se precipita al suelo en un momento dado. Un viaje en coche para llegar a nuestro lugar de vacaciones puede ser la experiencia más brillante y deliciosa de nuestras vidas, pero basta que pase algo inesperado para que dicho trayecto se convierta en la más aterradora o cruenta situación que jamás hayamos experimentado: un fallo mecánico, un descuido al volante, un conductor ebrio, una mala señalización, un robo... ¡Son tantas las variables que pueden destrozarnos la vida! De hecho, si nos parásemos a reflexionar acerca de las probabilidades que tenemos de sufrir alguna clase de percance, seríamos incapaces de salir de casa porque el vértigo nos lo impediría.

«¡Y qué relación tiene todo esto con el fútbol!», os preguntaréis algunos. Todo, absolutamente, todo. Pues tiene que ver con la vida y con quienes somos, y el fútbol, por suerte o por desgracia, está enquistado en la sociedad. No necesitas ser un aficionado y saberte la alineación de todas las

plantillas de España, Inglaterra o Alemania para verte afectado; aunque sea tangencialmente. El dinero y los medios de comunicación lo han extrapolado de forma tan desmedida que su estado primigenio poco tiene que ver con el actual. Vivir al margen de lo que sucede dentro y fuera de los estadios de fútbol resulta tarea harto difícil.

¿Alguien puede permanecer ajeno a lo que está ocurriendo en su día a día cuando está a punto de disputarse un partido o una competición importante? Permitidme que lo dude, porque para ello tendría que vivir con la radio, la televisión e internet desconectados, así como evitar todo contacto social, no saliendo nunca de su casa; porque ese parece el único modo de que en mayor o menor medida no nos afecte el deporte “Rey”.

En el fútbol, ya seamos practicantes amateurs o profesionales, meros aficionados a verlo o seguirlo o, como decíamos, simples transeúntes de un país que respira fútbol –al menos esa es la sensación que nos transmiten los medios de comunicación– estamos a merced del rodar de dicha moneda; o, mejor dicho, del de un balón de reglamento.

Una preciosa tarde de domingo, mientras asistimos con nuestras familias o amigos al estadio

de nuestro equipo favorito, puede tornarse aciaga cuando nos vemos directa o indirectamente afectados por una tragedia surgida por el más impredecible capricho del destino; y no es menos probable que, siendo futbolistas, sin importar si somos profesionales o amateurs —el terror no distingue entre quien cobra millones y quien paga dinero por practicar su deporte favorito—, se dan también una serie de penosas circunstancias que nos hacen padecer una agonía, ya sea esta en forma de lesión o de cualquier otro modo.

Son cientos los elementos que pueden enturbiar la experiencia futbolística: una bengala que atraviesa de fondo a fondo el estadio, en una parábola casi imposible, y atraviesa el pecho de un niño; una grada que se viene abajo; un balón que entra por la ventana de casa; una entrada a destiempo que provoca que nuestra rodilla haga un giro imposible o el hueso del uno de nuestros pies asume al quitarnos la bota y la media para comprobar las consecuencias del impacto. Una mala caída de un portero o un defensa en un córner que provoque que sus ojos se queden en blanco y que de su boca salgan angustiosos espumarajos cuando cae con los pies por encima de la cabeza; un brutal

choque contra el poste; un repentino desvanecimiento de un jugador que fallece de muerte súbita en un campo municipal que no tiene ni siquiera ambulancia; una pelea entre hinchas de distintos equipos o, peor aún, entre padres en un partido de infantiles; un momento de histeria que provoca una avalancha en la grada; la caída de una portería; un incendio en un estadio; una discusión en un bar; una distracción surgida por prestar más atención al partido televisado que a la lumbre de la cocina; un chantaje, una prima a terceros o un partido amañado; un árbitro o un equipo rival de regional encerrados en el vestuario de un pueblo recóndito mientras suenan las patadas que propinan a la puerta de metal los aficionados del equipo local... y podríamos seguir, y seguir.

Pero no lo haremos, porque este prólogo no es más que la presentación de un especial de *Calabazas en el Trastero* dedicado al Fútbol y hemos dejado lo mejor para más adelante. Sumad a todos los posibles conflictos mencionados en el párrafo anterior una buena dosis de la irrealidad y pesadilla que son capaces de inyectarles aquellos autores que cultivan el género de terror y cuyas firmas son dignas de seguirse con atención.

Venga, compañeros del horror futbolístico, a qué estáis esperando: girad la moneda del destino —o sacad el balón de centro— y atreveos a adentraros más allá del umbral de la portería y la red desgastada, donde podréis sufrir y disfrutar con un buen puñado de buenos relatos cuyo hilo conductor es un esférico de reglamento que todos hemos pateado alguna vez.

Roberto J. Rodríguez

Debut y gol

Por Daniel Garrido Castro

A pie de campo

Respiro.

Mi bota golpea el balón, alejándolo. Corro tras él. Lo alcanzo y lo vuelvo a golpear mientras sigo corriendo pegado a la línea de banda. Agacho la cabeza.

Me disputo el oxígeno del ambiente con las miles de almas que compartimos este escenario. Sigo la carrera pegado a la línea blanca. Más rápido, más rápido, ¡más! Oigo los pasos del otro jugador tras de mí. No puedo dejar que me alcance.

Me paro. Golpeo la pelota con el empeine, buscando un efecto hacia afuera. Levanto la cabeza para ver cómo el esférico termina su parábola sin ningún impedimento. No llega nadie al remate.

Noto cómo el corazón palpita en mi pecho. Sus latidos se confunden con la vibración de los cánticos de la grada, que retumban en mi interior. Que me

dan fuerza. Que me piden que no escuche la voz del cansancio.

Veinte mil gargantas me animan a volver a intentarlo, me exigen que recupere la posición, que corra una y otra vez junto a la línea de banda. Cuarenta mil ojos puestos en mí. Pero solo un par en concreto son los que siento quemarme.

En la grada

«Esperando toda la semana,
Para cantar desde la grada,
Con orgullo y con pasión,
A nuestro equipo, el campeón».

Reconozco mi voz cantando entre todas las demás, formando un sonido heterogéneo que vibra con un mismo sentimiento.

El jugador corre la banda y hace un buen centro que se pierde sin que el delantero pueda llegar a rematar. El chico parece decepcionado, como si sospechara que esta va a ser su última oportunidad. Miro hacia el videomarcador. El cronómetro marca ya casi el final del primer tiempo. Vuelvo la vista al campo y veo al árbitro con el silbato en la boca. Es cuestión de segundos que pare el juego. Me fijo de nuevo en el videomarcador. Aún hay tiempo. Toda

la segunda mitad para que puedan ganar. Para que él pueda demostrar. Para que marque el último gol de su carrera.

A pie de campo II

Suena el pitido que indica el descanso. Camino hacia el túnel de vestuarios. Mi paso es más lento, pero mi corazón no para de golpear contra mis pulmones exigiéndoles más aire, más oxígeno. Antes de llegar a la escalera siento su mirada. No tengo que alzar la vista para verlo. Sé que está ahí, observándome desde la grada.

—¿Cómo te encuentras?

Es la voz meliflua del doctor del equipo, que me mira con su sonrisa de autosuficiencia. Estoy desorientado y tengo la boca reseca, pero le contesto que estoy bien. Sigue sonriendo mientras me mira fijamente. Sonríe como si supiera algo que yo no sé.

—Tómate esto.

Miro con desconfianza. Me lo coloca en la palma de la mano y se va a hablar con otro compañero.

—¿... has entendido?

Ahora es la voz del míster. Asiento. No sé qué demonios me ha preguntado, pero asiento.

Últimamente siempre me da la misma indicación: que busque desmarques en diagonal.

Miro lo que tengo en la mano. Pienso en él, que está ahí fuera, que no ha venido a ver el partido, sino a verme a mí. Trago.

En la grada II

Alguien grita algo a mi lado. No logro escucharlo entre el ruido de tantas voces. Me vuelvo igualmente hacia su dirección y sonrío.

Se escucha un “¡uyyy!” desde la grada de enfrente. Miro al terreno de juego. Hay tiempo para un contragolpe. Lo miro y, como si sintiera mi mirada, se lanza a correr como si le fuese la vida en ello. En realidad le va... Grito pidiendo la pelota para él y, como si me escucharan, alguien da el pase en largo.

¡Vamos, chico! ¡Corre! Sé que vas a llegar. ¡Bien! No corres solo. Yo te jaleo, todos a mi alrededor te jalean. Te llevamos en volandas. Marca de nuevo este tanto.

¡Gol! ¡Gol! ¡Gol!

Ahora lo veré, sé que se acercará y se dirigirá a mí.

A pie de campo III

Ha sido gol. Todos me felicitan. Mi corazón late acelerado. Mi sudor se mezcla con el de los demás en un abrazo de satisfacción. Aunque me deshago pronto de ellos. Necesito aire, necesito respirar.

Voy en una carrera lenta hacia él. Sé que me ha visto. Lleva pendiente de mí todo el partido. Está aquí por mí... y yo lo estoy por él. Llego a su altura y lo señalo con mis manos. Para ti, dedicado a ti. Veo cómo me mira y sonrío. Sin embargo, también creo ver una sombra de pena cruzando su rostro, como una intuición.

Me vuelvo hacia el campo, doy tres pasos y entonces caigo. Me pasa por la cabeza el recuerdo de la sonrisa del médico mientras mi corazón, cansado de no poder descansar, decide parar de golpe.

Me siento como una mierda, por el dolor que le tuve que provocar a él.

Me quedo tendido en el campo unos minutos, llorando, hasta que siento cómo los sonidos se van apagando poco a poco, cómo el aire desciende de nuevo de temperatura hasta ser una brisa fría.

Levanto la cabeza a tiempo para ver cómo desaparecen todas las formas, en una niebla semitransparente llena de engaño.

Me seco las lágrimas. Él ya no está ahí. No es fácil tener que venir a jugar cada sábado este partido. Pero lo hago porque sé que verme debutar en su equipo era el sueño más grande que tenía mi padre. Solo espero que algún día entienda que esto no es real, que yo morí aquel día, y él me siguió, minutos después.

Espero que lo entienda y los dos podamos descansar.

Me desvanezco.

En la grada III

No puedo evitar que mi cara muestre la tristeza que siento al saber lo que va a pasar. Las lágrimas se me acumulan en los ojos y, finalmente, se abren paso por mis mejillas cuando lo veo caer sobre el césped, fulminado.

Horas más tarde seré yo el que no pueda soportar seguir vivo. Será mi corazón el que no aguante el dolor de perder un hijo que luchó por conseguir mi sueño... Llora.

No quiero seguir con la pantomima. Miro alrededor y veo desdibujarse las caras de preocupación, los gestos de angustias, las miradas que me buscan. Todo se desvanece y se funde en

una neblina semitransparente que pierde consistencia poco a poco hasta quedar en nada.

Es duro para un padre perder a su hijo, como yo lo perdí a él. Es más duro saber que tu hijo no ha aceptado su muerte, que cada semana viene a jugar el partido de hace ya cinco años, que no tengo el valor para decirle que todo se acabó.

Solo espero que algún día entienda que esto no es real, que acepte que murió y deje de venir a jugar. Que no me haga recordar cada semana el día que lo perdí.

Siento cómo me fundo en la nada.

Sobre el autor de «Debut y gol»:

Daniel Garrido Castro (Granada, España, 1984) es Ingeniero Técnico en Informática de Sistemas. Lleva años escribiendo relatos, pero no fue hasta 2011 que decidió probar suerte en certámenes, consiguiendo ser finalista en la edición del "Premio Domingo Santos" de ese mismo año. En 2012, es seleccionado para el "II Certamen de género fantástico: Descubriendo Nuevos Mundos" y en la 1ª Convocatoria de relatos de horror y ciencia ficción, convocada por NOCTE y la revista Exégesis. En 2013 ha participado en *Bosques*, la II Antología de Relatos Fantásticos convocada por Fantasía, Escuela de escritura creativa, y en *Historias del Dragón*, Antología benéfica editada por Kelonia Editorial. También ha publicado en alguna revista, como Ultratumba.